

La Presencia Real en la Eucaristía

R. P. Francis Clark, S. I., S. T. D.

Profesor de Teología Dogmática en la
Pontificia Universidad Gregoriana.

Sería desacertado suponer que la reciente controversia sobre la transubstanciación tuvo su origen en un mero deseo de hacer más suave y más tolerable, a los oídos del mundo moderno, las duras palabras de la presencia real. Varias razones explican, y algunas de ellas muy serias en teología, esa corriente de inquietud y criticismo, que se ha hecho sentir los últimos años contra el significado tradicional del dogma de la Iglesia. En primer lugar las recorreré sumariamente para comentarlas después.

Debemos considerar esta controversia encuadrada en una visión más general, es decir, en la nueva perspectiva de la teología católica, dispuesta, sobre todo después de la guerra, a buscar su propia renovación por medio de un provechoso retorno a las fuentes y por una nueva metodología. En la teología eucarística, esta tendencia nos ha llevado a reaccionar contra esa tan técnica y excesivamente árida "cosmología" de la presencia real, expuesta en los libros de texto escolásticos de ayer.

Y como consecuencia surgió una reacción contraria, que hace hincapié en la así llamada concepción dinámica de la Eucaristía: es decir, en la insistencia sobre el manjar común, con un sentido eclesial y escatológico, y sobre la acción litúrgica y la consiguiente participación del pueblo de Dios. Hay una nueva imagen de los sacramentos, que insiste primero en el encuentro con Cristo, con un diálogo interpersonal de fe y de amor. La presencia real, dicen ahora algunos, constituye solamente un valor relativo, subordinado a los valores dinámicos. Y critican la llamada teología "estática" de la presencia real, junto con el culto al Sacramento reservado, como una exageración desarrollada en la Iglesia latina, que promovió una piedad individualista, antilitúrgica y hasta supersticiosa.

El origen de un error.

Al trazar la historia de la doctrina de la presencia real, algunos alegan la oposición entre el "simbolismo agustiniano", para quien el pan y el vino son esencialmente un "signo" de una realidad extra mundana, y el "metabolismo ambrosiano", que por su excesivo realismo sobre el cambio físico, condujo a una teología que

contradice al axioma "sacramentum est in genere signi". (Esta objeción tal vez recuerde a alguno de ustedes el artículo 28 de los 39 artículos anglicanos, según el cual la transubstanciación "echa abajo la naturaleza del sacramento").

Otra fuente de inquietud brota en un ámbito diferente. Los autores neoescolásticos comprobaron que, a la luz de la ciencia moderna, no es posible seguir llamando al pan y vino substancias homogéneas, según las categorías de la cosmología aristotélico-tomista. En ambos hay una multiplicidad físico-química de gran complejidad. Entonces, ¿dónde está "la" substancia del pan y del vino, de que habla la definición del tridentino?

Algunos autores contestaron traduciendo la expresión dogmática en términos científicos modernos. La substancia que cambia, dicen, es de hecho el conjunto múltiple y total de las substancias físico-químicas: de los micro cristales, complejos moleculares, moléculas, átomos, electrones, protones y demás; mientras quedan inmutables los accidentes: extensión, masa, energías magnética, eléctrica y cinética, etc. Pero este recurso, lejos de tranquilizar las almas, deja más molestas a muchas de ellas. Después de la controversia que sobrevino sobre estas cuestiones por los años cincuenta, especialmente entre Carlos Colombo y Felipe Selvaggi, algunos empezaron a decir que Colombo no anduvo todo el camino para llevar la doctrina eucarística fuera del alcance del "fisicismo" y a preguntar si ese acontecimiento sobrenatural, que tiene lugar en la consagración, podría ser trasladado a un orden puramente espiritual o intencional, dejando las realidades mundanas completamente intactas en su misma naturaleza.

De acuerdo con la trayectoria de estas ideas, influyeron las teorías filosóficas modernas, aceptadas por un buen número de católicos como de útil aplicación a la especulación eucarística. El "perspectivismo", que en sus diversas formas había encontrado aceptación desde el tiempo de Nietzsche, declaró que no tiene sentido hablar de la naturaleza de un ser en sí mismo; su realidad no es otra cosa sino su significado para el hombre, "para mí". Adaptando esto a la esfera teológica, propusieron una es-

pecie de "perspectivismo sobrenatural"; según este, la presencia real es una realidad en cuanto es percibida por la fe, no precisamente por la fe individual, sino por la fe de la comunidad eclesial.

Del mismo modo, y según la fenomenología existencial, el más profundo sentido de las cosas es su significado humano, su finalidad y uso como expresiones de relaciones interpersonales, y se sugiere que esto podría llamarse su "substancia". El pan y el vino son "realidades antropológicas". ¿No podríamos decir que por querer usarlos Cristo para indicar la donación de sí mismo, y su divina hospitalidad, cambió su más profundo significado, y este cambio de sentido es la transubstanciación?

Los gérmenes de casi todas estas ideas ya fueron sembrados en un trabajo inédito titulado "La présence réelle", que tuvo su origen en 1936, como notas manuscritas de una discusión privada. Después de la noble muerte de su autor, P. Yves de Montcheuil en 1944, fue multicopiado, y en los años siguientes, amplia y secretamente difundido. De hecho, dio origen al error sobre la transubstanciación, contra el que nos previene Pío XII, en 1950, en la "Humani Generis".

Antecedentes de una encíclica.

En 1955 apareció el libro "Ceci est mon Corps", del eminente intelectual calvinista Franz Leenhardt. De estilo irónico y persuasivo, parecía suministrar una justificación bíblica a aquella nueva interpretación de la transubstanciación, que otros urgían a partir de las diferentes premisas tomadas del perspectivismo de la fenomenología existencial y del neoplatonismo agustiniano.

Leenhardt argüía que las palabras de Cristo, en la última cena, no habían de entenderse según las normas conceptuales griegas, sino más bien de acuerdo con la mentalidad hebrea, para la cual, las cosas "son" a los ojos de la fe lo que la palabra divina les destina a ser. En la cena, el mismo cuerpo de Cristo era el instrumento de su presencia; pero con un hondo sentimiento profético. El intimó que, de allí en adelante, el pan y el vino de su banquete escatológico serían el instrumento de aquella misma presencia, serían El mismo para sus discípulos, que lo tomarían así, como respuesta a la fe. Y en este sentido, Leenhardt estaba dispuesto a afirmar que el alimento fue transubstanciado. Su libro impresionó, y algunos católicos indicaron que aquellas ideas, como las parecidas de Max Thurian, del anglicano Eric Mascall, y de otros, abrieron un camino prometedor hacia el acuerdo ecuménico.

Arrancando de todos estos factores, una corriente de opinión empezó a aparecer abierta-

mente desde 1956 en algunos círculos católicos, sobre todo del noroeste de Europa; e intentó una nueva interpretación del dogma tridentino de la transubstanciación, considerándolo como una transignificación y transfinalización. Estos conatos de reinterpretación fueron difundidos hasta en publicaciones populares y piadosas, y atrajeron considerables congojas y protestas. Las crudas analogías con que a veces los ilustraban no eran a propósito para tranquilizar a los fieles. Un escritor comparaba el cambio producido en el pan y el vino, con el que experimenta un pedazo de tela, al convertirse en la bandera nacional; otro relacionaba la presencia de Cristo con la personal bienvenida que una ama de casa asocia al té y las pastas que ofrece a sus huéspedes.

La mayor parte, sin embargo, expresaba las nuevas opiniones cuidadosa y reverentemente. No viene a cuento nombrar personas, hacia las que siento, por otra parte, fraternal inclinación y simpatía. Las opiniones propuestas conjeturalmente antes de la encíclica pontificia "Mysterium Fidei" sin duda serán modificadas. Aborrecemos mentalidades inquisitoriales y nuestro interés no ha de ser buscar "adversarios y colgarles" ese remoquete, sino sencillamente proteger la fe de la grey de Cristo.

Como era inevitable, al llegar esta discusión a la plaza pública, tuvo que sugerir allí una crasa simplificación. Sobrevinieron perplejidades, dudas incipientes, mucha angustia afectiva inarticulada, con la aparición de algunos resultados amargos para la vida y el culto de los católicos. No era nada extraño: ¿por qué vamos a adorar a un pan transfinalizado? ¿Por qué lo he de custodiar con reverencia, después que haya cumplido su función dinámica de signo?

El riesgo de los teólogos.

Todo esto ofreció la base para la publicación de "Mysterium Fidei" en septiembre de 1965. Expone allí el Santo Padre que se ve obligado a hablar "a fin de que las esperanzas de un nuevo florecimiento de la piedad eucarística, que como resultado del Concilio va extendiéndose por toda la Iglesia, no quede frustrada por la invasión de opiniones falsas". Al ponderar la diligencia teológica de los que han ido explorando las nuevas rutas, él declara: "Sin embargo, no podemos aprobar las opiniones que ellos exponen, y tenemos el deber de llamarlos la atención acerca de los graves riesgos que corre la auténtica fe, a causa de estas opiniones".

Baste esto sobre la historia reciente de esta cuestión.

G. K. Chesterton, aquel fornido campeón del hombre de la calle, nos dijo una vez que desde largo tiempo atrás, él se reconocía a sí mismo entre aquella desahuciada e insignificante mi-

noría encargada de defender las convicciones de la masa de la humanidad, contra los ataques de todos los hombres.

Aplicando esta paradoja, sería comprensible en estos tiempos que un preocupado pastor de almas recibiera a veces la impresión de estar defendiendo las creencias de todo el pueblo de Dios, contra los ataques de todos los especialistas en teología. Pero sería una ilusión pasajera. "Securus iudicat orbis terrarum". Así en nuestro problema, para guardar el sentido de la proporción tenemos que recordar que las sentencias descritas fueron propuestas por un grupo relativamente pequeño, y aun por un grupo cerrado, que ciertamente no puede ser considerado como representante del "sensus theologorum"; mucho menos del "sensus fidelium". Es un riesgo profesional de los teólogos constituirse en una sociedad de admiración mutua.

Hagamos ahora algunas reflexiones sobre el mismo aspecto teológico.

Verdad nuclear de nuestra fe.

Si en tiempos pasados nos presentaron, muy a menudo, a la teología de la transubstanciación como un acertijo cosmológico, en algunos escritos recientes nos la presentan, también muy frecuentemente, como un acertijo lingüístico. En ambos casos, se oscurece su valor religioso.

La verdad de la presencia real es un aspecto de todo el rico misterio eucarístico, y nunca debemos perder de vista su conexión integral con los otros aspectos —especialmente con el de sacrificio y comunión—, y con todo el conjunto. El profundo significado de las palabras de Nuestro Señor en la última cena fue primero desarrollado por la interpretación inspirada de S. Pablo y de S. Juan; y después, progresivamente, en las creencias, en las plegarias y en las enseñanzas de la Iglesia, a través de los siglos. En concreto, ESTO que nosotros recibimos y comemos, ESTO que constituye el centro misterioso del culto en la Iglesia "es" Jesucristo mismo, presente en su verdadera carne, en la que nació de la Virgen María, con la que murió en la Cruz y ahora triunfa, en la carne glorificada victoriamente. A diario celebramos en nuestros altares el sacrificio de salvación; y la obra de nuestra redención se hace, con eso, operativa, porque "lo" que se ofrece, en la hostia y en el cáliz consagrados, "El" que se ofrece a sí mismo allí, es a la vez Sumo Sacerdote y Víctima. Nosotros realmente participamos del banquete sacrificial porque recibimos en él a la misma Víctima del único sacrificio. Dominus est. Esto "es" Cristo, ni más ni menos. Y todo lo que cualquiera especulación teológica siga diciendo sobre la presencia real ha de comenzar y concluir con esta verdad nuclear.

Lo mismo histórica que teológicamente, la defensa y garantía de esta primaria verdad re-

velada es la doctrina complementaria, implícita en aquélla y después desarrollada en la vida de la Iglesia, que llamamos transubstanciación. Este largo proceso de desarrollo doctrinal, desde la edad patrística hasta Trento, ha de ser descrito y ponderado teológicamente, con el fin de apreciar el contenido esencial del dogma.

El auténtico testimonio de la tradición está por una conversión real del verdadero ser constitutivo del pan y el vino en el cuerpo natural y en la sangre de Cristo. La substancia, en esta tradición dogmática, no está vinculada a los tecnicismos de la filosofía aristotélica, sino que significa, en general, la realidad concreta de las cosas creadas, como se nos dice, por ejemplo, en la célebre homilia "Magnitudo", del siglo quinto, que ejerció un considerable influjo en la ulterior consolidación de la doctrina. En el realismo básico de este cambio de una substancia terrena en la de Cristo, encuentra la Iglesia la perenne protección de su creencia en el realismo de la presencia corporal de Cristo.

La fe intenta comprender por qué éste es el camino necesario que conduce a la presencia real; y la respuesta especulativa más profunda, aunque oscurecida en el escolasticismo postridentino y rara vez percibida por los críticos de hoy, sigue siendo la de Santo Tomás de Aquino. Su desarrollo teológico no pertenece a la fe, pero ha sido aprobado por la Iglesia, como una ayuda para ilustrar lo que es la fe. La consagración eucarística no puede transportar a Cristo, desde su sitio en el cielo, a nuestros altares, no puede multiplicarlo, ni condensarlo, ni crearlo allí. Pero en la completa perfección de su humanidad, El se hace presente en miles y miles de sitios sobre esta tierra, real, corporal y substancialmente, porque en cada uno de ellos, una substancia terrena se ha convertido totalmente, por el poder divino, en su cuerpo físico, que a pesar de eso, no se extiende más ni abandona el cielo. A causa de la continuidad entitativa intrínseca en esta maravillosa y singular conversión, El sucede ahora a aquella entidad de la substancia terrena; y así inmediatamente empieza a hacerse presente, sin ninguna distancia o traspaso espacial, bajo la localización de aquellos accidentes empíricos, que antes localizaban la substancia terrena. Según Santo Tomás, la transubstanciación no es otro dogma más, sino el único camino posible por el que el dogma de la presencia real de Cristo puede ser verdadero.

Interviene Pablo VI.

La Iglesia no impone ninguna teoría cosmológica sobre la substancia, sino que emplea este término para designar un concepto que está sacado, usando las palabras de S. S. Pablo VI, "de lo que la mente humana percibe cerca de su experiencia necesaria y universal de la realidad". Pero si no tenemos obligación de adop-

tar ningún sistema filosófico particular para exponer la fe de la Iglesia, sin embargo, algunos sistemas como el mero perspectivismo, son ciertamente inadecuados para hacerlo. Es una ironía que algunos, mientras rechazan como obsoletos los auxilios de la filosofía escolástica para ilustrar estas cuestiones, insistan ahora en que aceptemos, en su lugar, una filosofía mucho menos universal y más efímera, la fenomenología existencial, como proveedora del único recurso para penetrar el sentido oculto del dogma católico.

En la encíclica "Mysterium fidei", el Papa Pablo VI reafirma insistenteamente la definición tridentina, sobre la completa conversión de la substancia del pan y vino, como único camino para llegar a la presencia real de Cristo. Y sigue exponiendo que, por eso, sobreviene allí un nuevo significado y una nueva finalidad, no del pan y del vino, sino de las especies, como una "consecuencia" de la transubstanciación. Estas son sus palabras en pasaje tan trascendental:

"Como resultado de la transubstanciación, las especies de pan y vino, indudablemente adquieren un nuevo significado y una nueva finalidad; ya que no son más el pan ordinario y vino ordinario, sino el signo de una realidad sagrada, y el signo de un alimento espiritual.

Pero la razón de adquirir este nuevo significado y esta nueva finalidad es, precisamente, por contener una nueva "realidad", que podemos llamar, acertadamente, "ontológica".

No porque subsista, bajo tales especies, lo que antes había, sino algo completamente distinto; y no por el mero juicio de la fe de la Iglesia, que lo cree así, sino porque en su objetiva realidad... Cristo está allí, todo entero, en su "física" realidad, presente, en efecto, corporalmente, aunque no como están los otros cuerpos presentes en un lugar determinado". (A.A.S. 57, 1985, p. 766).

El magisterio pontificio nos ofrece aquí por tanto un nuevo término para aclarar la terminología tradicional: en la transubstanciación, nos dice, hay un cambio de la "realidad ontológica". ¿Cómo debe entenderse esta expresión? Aunque es nueva en los documentos eclesiásticos, ya era familiar desde las recientes discusiones teológicas. En particular, la usó repetidas veces, en sus escritos, como un término clave, Carlos Colombo, obispo después, y conocido teólogo consultor especial del Papa Paulo VI. He aquí un pasaje típico, por ejemplo, donde las palabras de Colombo se ajustan a las acabadas de citar de la encíclica:

"No es absolutamente posible enfender transubstanciación como un "puro" cambio

de significado o de valor religioso. La transubstanciación, según la doctrina católica, es ante todo "una mutación total de una realidad ontológica, de orden corpóreo", que trae consigo después, sin duda, como consecuencia y fin, una mutación del significado y del valor religioso..." ("La Scuola Cattolica", 83, 1955, p. 93).

El misterio de la realidad material.

Aquí debo disculparme por introducir tres distinciones que nos ayuden a esclarecer el término en cuestión.

En primer lugar, el orden de la realidad ontológica se contradistingue del orden meramente ideal, intencional o moral.

En segundo lugar, la realidad ontológica es, o espiritual (como por ejemplo un ángel, el alma humana o la gracia —participación de la vida divina,— o si no, corporal, es decir, que pertenece al orden creado de las cosas materiales. El pan y el vino pertenecen, sin duda, al orden de la realidad corpórea ontológica, lo mismo que el cuerpo físico de Cristo, aunque elevado ahora al estado glorioso. Notemos, de paso, que ninguna explicación de la presencia real puede ser adecuada si se apoya en la especial condición "espiritualizada" del cuerpo resucitado de Cristo, porque deja de tener en cuenta la realidad de su presencia cuando instituyó la eucaristía, en la última cena, con su cuerpo, aún no resucitado. Según esto, el Papa Pablo nos previene contra el error que yace bajo algunas de las recientes especulaciones, y que explicarían la presencia eucarística suponiendo un cuerpo "pneumático", y por tanto omnipresente de Cristo glorificado. "Ave verum corpus natum de María Virgine".

Nuestra tercera distinción es ésta: dentro del orden de la realidad ontológica corpórea, debemos distinguir entre el nivel empírico de los fenómenos y el metaempírico de la última substancia, que podemos concebir pero no imaginar. Nos lleva a afirmar la existencia de esta metaempírica realidad, no sólo el sentido común de la humanidad y de cualquier sana filosofía, al reconocer que el flujo de los fenómenos empíricos no puede identificarse con la realidad permanente de las cosas, sino también la reflexión teológica, por las implicaciones necesarias de todo esto con la doctrina eucarística de la Iglesia y las sucesivas explicaciones del magisterio. En este nivel de la metaempírica realidad ontológica, y dentro del orden corpóreo, es donde queremos colocar el cambio ontológico que tiene lugar en la consagración eucarística.

Los que se burlan de este concepto metaempírico de la substancia (que suelen imaginar según la cruda manera de Locke), olvidan de que todo este mundo material nos enfrenta con

el último misterio, cuyo secreto se reserva el Creador. Si la mera razón humana no puede comprender cómo Dios crea y conserva en el ser este mundo, ¿con qué derecho podremos concluir la imposibilidad de que el mismo Dios intervenga, por sus propios y altos designios, para reaptar y modificar la entidad constitutiva de sus criaturas materiales, en un orden que está más allá de la mirada escudriñadora del hombre? Es aún de actualidad lo que escribió el Cardenal Newman sobre la transubstanciación en su "Apología":

"Es difícil, es imposible imaginarlo, lo concedo; pero ¿por qué va a ser difícil de creer?... No puedo experimentarlo, es cierto; no puedo decir "cómo" es; pero me digo: ¿Y por qué no ha de ser? ¿Qué dificultad hay? ¿Qué entiendo yo sobre la substancia y sobre la materia? Casi como cualquiera de los grandes filósofos, y eso es no saber absolutamente nada... La doctrina católica deja los accidentes intactos; no dice que las especies se van; al contrario, dice que permanecen... Eso entra en relación con las mismas substancias materiales; y sobre eso, ninguno en la tierra sabe una palabra". (Cap. 5, al principio).

La intervención del poder divino.

Entre los autores escolásticos existe la entorpecedora tentación de confundir el concepto teológico de substancia con su propia teoría cosmológica. Se me ocurre que esa confusión brota, sobre todo, por no distinguir suficientemente dos cuestiones completamente distintas. Primera: "¿Existe una última realidad substancial distinta de los fenómenos empíricos de este mundo?". Y segunda: "¿Cuáles son nuestros criterios filosóficos para distinguir las unidades substanciales en el reino de la materia inorgánica?". Teológicamente, sólo viene a cuenta la respuesta a la primera pregunta, y ha de ser afirmativa. A la segunda cuestión podemos dar diferentes contestaciones, o decir más bien "transeat".

Según los químicos, el pan y el vino no constituyen entidades homogéneas, es verdad; pero tampoco son meros títulos ni una simple relación al hombre. Tienen su consistencia objetiva y cognoscible. Teológicamente, no hay por qué hablar de los fenómenos del microcosmos, descubiertos por los experimentos científicos; aunque la misma substancia metaempírica, desde luego, yace debajo de ellos. Nos basta que, bajo los fenómenos macroscópicos, este pedazo de pan y esta cantidad de vino sean llamados y contengan lo que la Iglesia designa por substancia.

¿Cuál es, por tanto, la consecuencia decisiva que deducimos de la reciente controversia? Esta: transubstanciación no es un acontecimiento de orden puramente espiritual o ideal, o moral,

que deja intacta en sí misma la naturaleza creada de las cosas terrenas; sino que es una intervención del poder divino en el mundo de la creación material, al que estamos incorporados, y cambia radicalmente, no sólo el significado y la finalidad de estos humildes elementos, sino también su verdadera entidad constitutiva, en la humanidad física de Cristo.

Esto no es "fisicismo" en su sentido peyorativo, sino el necesario realismo católico. Una fe firme no retrocede ante esto. Y aquí está el punto, añado yo, de donde pende la consistencia o el desplome del realismo eucarístico. Ningún recurso a la "antropología existencial del signo", por lírico o esotérico que sea, logrará empañarlo.

No necesitamos emprender contienda ninguna con la fenomenología existencial, si se mantiene dentro del ámbito de su competencia; pero algunos defensores de las nuevas opiniones eucarísticas la enaltecen tácitamente, como una metafísica de la última realidad. Considerada así, la encontraríamos deficiente. Una nueva función-signo no es, por sí mismo, un nuevo ser. Es verdad que aun en la metafísica tomística "ens et verum convertuntur", pues la verdad ontológica, o el significado cognoscible de una cosa, arranca de los constitutivos naturales del ser, y con ellos coincide; y si cambia el ser natural, cambia también necesariamente su significado ontológico, y viceversa. Pero si un ulterior significado, aunque sea sobrenatural, sobrevienen a una cosa, dejándola intacta en los constitutivos naturales de su ser, eso no puede suprimir su original significado ontológico, ya que este se identifica con el ser natural. En último análisis descubrimos que esta teoría de la "transignificación" lleva un nombre equivocado; en realidad debería llamarse "consignificación".

Significado del signo sacramental.

En el agua del bautismo, por cierto, o en el crisma de la confirmación aparece un signo sobrenatural de la acción salvífica de Cristo, que se sobrepone al significado natural de esas dos substancias que no han sido cambiadas. Siguen siendo agua y aceite. Decir que del pan, aunque intacto en su ser natural, ya no permanece lo que antes estaba allí sino que ahora es una realidad completamente distinta, a causa del sublime significado que adquirió en la cena del Señor, sería volver al nominalismo.

Ni tampoco sirve aquí el recurso, de los discípulos de Leenhardt, a la "mentalidad" de los hebreos ni a las "categorías bíblicas". La mente hebrea sabía pensar muy bien tanto realística como simbólicamente. El pueblo de Israel miraba hacia Yahveh no sólo para que le señalara nuevas finalidades a sus creencias, sino también para que interviera, e hiciera cosas a su favor, en el mundo físico, mediante su palabra omni-

potente. En la sagrada Escritura, la palabra divina revestía algunas veces a las cosas de una nueva y sagrada dignidad y función, pero las dejaba intactas en sí mismas; por ejemplo, los panes de la proposición; otras veces, físicamente las cambiaba, las multiplicaba o las destruía. En Caná, Cristo empleó una realidad material para significar su poder y su misión interpersonal; pero lo hizo cambiando aquella agua en vino; y es una analogía usada por los santos Padres para ilustrar el realismo de la conversión eucarística.

La "transubstanciación" se dijo hace tiempo, y resuena hoy como un eco, "echa abajo la naturaleza del sacramento". "Sacramentum est in genere signi", es verdad; pero el signo sacramental adopta diferentes expresiones. Las especies consagradas son el signo causal de la presencia corpórea de Cristo, pero no en el mismo sentido en que son el signo causal de un alimento espiritual, ni del sacrificio eucarístico; sino porque designan y hacen presente la realidad física del Señor, invisible, pero realmente contenido debajo de ellas.

Los derroteros equivocados.

Por aquí y por allá corren murmullos de que la encíclica "Mysterium Fidei" dejó intacto el estado teológico de esta cuestión; y no fue sino un mero expediente preventivo contra el lenguaje inconsiderado y algunos posibles excesos en la práctica.

No; fue una respuesta auténtica a una duda teológica; una respuesta ante la cual los teólogos, que no enseñan en nombre propio ni por la autoridad que les suministre su propia perspicacia, han de someterse lealmente. Paulo VI, expresamente y sin ambigüedades, intervino en el contexto específico de la controversia, para someter a juicio una corriente de pensamiento, considerada por algunos como una posible apertura a una nueva trayectoria de desarrollo teológico. El misterio eucarístico, es verdad, se halla siempre abierto a más profundas meditaciones e investigaciones, que el Papa estimula; pero este acceso particular, que llaman "transfiguración" y "transfinalización", según recientemente han sido propuestos, es un derrotero falso. Por esa dirección no es posible ningún adelanto doctrinal. El verdadero espíritu de progreso, que busca una genuina renovación de la teología católica, difiere mucho de esa tendencia a aceptar cualquier novedad, por la simple razón de seguir "la nueva línea". Y apoyarse en motivos ecuménicos para ir adelante por esas desacreditadas teorías eucarísticas sería un caso de ese erróneo y comprometedor irenismo, que el Concilio describió como ajeno en absoluto al verdadero ecumenismo.

El día de hoy, un entusiasmo por volver a su sitio las verdades y valores, indebidamente

descuidados en tiempos pretéritos, puede fácilmente degenerar en un desequilibrio hacia el lado contrario. Es excelente destacar los valores dinámicos, comunitarios, litúrgicos y personalistas del banquete confraternal eucarístico; pero no a expensas de otros aspectos, igualmente vitales, del misterio sacramental. En el pasado se dio un relieve unilateral al Sacramento reservado, con descuido de la vida litúrgica y de su plenitud en la sagrada comunión; pero hoy, como reacción aparece muy a menudo un prejuicio unilateral contra lo que llaman la teología "estática" y el culto "estático" de la presencia real. Ha llegado el tiempo en que parece necesario restaurar el equilibrio doctrinal, subrayando una vez más, y bajo una nueva luz, los valores "absolutos" de la presencia permanente de Cristo en el sacramento, presencia que no es meramente relativa, ni subordinada a la acción litúrgica, ni al sacrificio, ni a la mesa confraternal, como algunos han estado diciendo. El Santo Padre señala, en su encíclica, muchas indicaciones favorables en esta dirección; y ahí se encuentra, a mi juicio, un campo fructuoso para una más profunda penetración teológica en los años venideros.

Concluiré, pues, recordando brevemente algunos de esos valores absolutos de la presencia real de Nuestro Señor en la eucaristía.

La eucaristía en el plan divino.

Primero, y ante todo, tiene una excelencia suprema, en sí misma, idéntica sencillamente a la del Verbo Encarnado. Esta presencia perpetúa del modo más real la Encarnación, en este mundo en que vivimos. "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn. 1, 14). en el misterio eucarístico. A través de esta carne, brilla en el mundo el resplandor de la gloria divina; y en ella se manifiesta Dios objetivamente. Y así como la misma Encarnación fue, en efecto, ordenada "por nosotros los hombres y por nuestra salvación", y sin embargo la manifestación de la gloria divina en el Hombre-Dios precedió y prescindió de aquellas salvíficas consecuencias; así también sucede lo mismo con la perpetuación del misterio de Cristo en la Eucaristía. Su presencia real allí está ordenada, efectivamente, a consecuencias saludables, al sacrificio eucarístico y la sagrada comunión, pero conserva su primera absoluta excelencia divina.

■ Esta presencia de Emmanuel, Dios con nosotros, que realiza el duradero y profético anhelo del pueblo de Israel, se nos da como un centro permanente de nuestra adoración, amor, devoción y consuelo, y no para el provecho particular de los individuos, sino de toda la comunidad, como Pablo VI sigue exponiendo. En cierta manera, continúa santificando y protegiendo los sitios y circunstancias de nuestro vivir cotidia-

no, como una vez la presencia corporal oculta de Cristo llevó la bendición a la familia de Zacarías (Lc. 1, 40-56). En el culto del sacramento reservado, que no se practicó ciertamente durante los primeros siglos, sino que fue desarrollándose más tarde bajo la acción del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia Católica, se manifestaron estos tesoros, latentes en tan divina donación. Y lo que hemos visto demasiado bien en algunos recientes intentos, ha sido el triste añublo que puede marchitar la devoción de los católicos, cuando se toca ese centro sagrado de nuestra religión.

Otro valor absoluto, que hemos de ponderar, es éste: La presencia real objetiva de Cristo es un signo sacramental permanente, que opera misteriosamente la permanente unidad de su cuerpo místico, aun fuera del tiempo de la celebración litúrgica y de la comunión.

Más aún, la confesión de la verdad de esta real presencia y del cambio substancial real, es el más insistente testigo y ejercicio de nuestra fe; es un continuo e intransigente reclamo a la más que importante humildad de nuestra fe,

que lo mismo se exige a sacerdotes y a seglares en su vida cotidiana. Desde el principio, Cristo vio la aceptación de estas duras palabras como una prueba decisiva para los que quisieran seguirle (Jn. 6, 60-69).

Finalmente, el misterio de la transubstanciación, mediante el cual unas humildes criaturas de este mundo material son transformadas en la gloriosa humanidad de Cristo, la más noble de aquella otra transformación escatológica de todas las cosas, varias veces anticipada en el Nuevo Testamento, y "esperada por la creación entera con un perenne anhelo" (Rom. 8, 19-22), cuando ya no habrá sino "un nuevo cielo y una nueva tierra" (Apoc. 21, 1; II Pet. 3, 13).

He ahí, por tanto, algunas de las verdades y valores absolutos de la presencia real, que pueden rectificar el énfasis unilateral de ciertas recientes especulaciones. Estas y otras verdades descuidadas han de adquirir su equilibrio doctrinal y devocional, si queremos que la renovación de la vida litúrgica en la Iglesia, durante este amanecer post conciliar, llegue a su esperada realización.

FERRETERIA Y ABARROTERIA

le ofrece al mejor precio

**VIDRI DUCH
& CIA.**

Teléfonos: 21-52-80 y 21-52-81.
San Salvador.

LIBRERIA CERVANTES

4^a Av. Sur N^o 110.

Extenso surtido de Estampas,
Rosarios y Libros.

Regalos:

Todos a precios económicos.

Prontitud de servicio.

Teléfono 21-41-22. San Salvador.

Dolores de cabeza agudos y crónicos, malestar después de excesos de alcohol y nicotina

COFFO

SELT

DISTRIBUIDORES: FARMACIA AMERICANA
Tel. 2040 41-42